

Silvia Gómez
Profesora de Teoría Política

Hoy reflexionamos sobre cómo pensar la democracia, e inferir si la calidad de ésta se va debilitando como forma de gobierno que modera las relaciones entre la sociedad civil y el Estado.

En los años 80, Mc Pherson ya planteaba que “el problema central no es hoy el de cómo funcionaría una democracia participativa sino el cómo podríamos avanzar hacia ella”...¹

La modernización económica y el despliegue del mercado debilitaron las intervenciones del Estado y la movilización social. Los programas económicos no lograron el efecto deseado, y el aumento de la desigualdad social parece desarrollarse con toda su virulencia.

Una de las temáticas de la discusión política actual se desarrolla en torno a la “crisis de representatividad”, desarrollándose ésta dentro de un marco donde el rol pasivo del ciudadano prima sobre el rol activo como consecuencia de las profundas transformaciones económicas y culturales que se han operado en el escenario democrático.

Debemos analizar entonces los cambios efectuados dentro de un campo donde el rasgo distintivo será el avance del mercado a ámbitos que no son específicamente económicos y distin-

guir cómo se redefine el lugar de la política y su campo de competencia.

Norbert Lechner nos plantea cuál es el rol de los partidos políticos y cuál es la forma en que se configuran las identidades políticas, lo que nos lleva a repensar el sentido de la política. La incertidumbre propia de este tiempo acrecienta las dudas sobre el rol de ciudadano y su posibilidad real de incidir sobre los procesos sociales. Toda acción política parece perder importancia. Se manifiesta un claro malestar con la política, de la cual se espera conducción, responsabilidad y protección y no esa sensación de abandono, incertidumbre y desconfianza.

En nuestros países la idea de un Estado Social que acompañe a una perspectiva de crecimiento económico ha entrado en crisis y éste parece divorciarse cada vez más de la constitución de un consenso democrático. Nos encontramos entonces con un Estado debilitado por las múltiples presiones en el orden interno y externo. Estado, sociedad civil, sistema político, son esferas separadas que se interpenetran, pero no son ya los componentes de una misma construcción societal. Con la consagración de la globalización del sistema capitalista, el pasado se ha transformado y el futuro se presenta

como un horizonte desdibujado, este “desvanecimiento del futuro” tensiona lo político, en un tiempo signado por las determinaciones desde el discurso económico.

Múltiples son los interrogantes que hoy se nos presentan frente a una sociedad debilitada frente al despliegue del mercado. El fantasma de que existe un vacío político empieza a rondarnos, emergiendo un individualismo, que se retrotrae al ámbito de lo íntimo, a ese espacio de interacciones inmediatas que se convierte en el refugio del sujeto ante la dilución de nexos articuladores.

Entonces ¿cuál es el lugar de la política? cuando ésta, en términos de Lechner “tiende a abdicar de sus responsabilidades en beneficio de una mayor autorregulación social”². Esta interpretación de la sociedad cuestiona la centralidad de la política. Hay una disociación entre el orden político y el orden social. La crisis de lo político, que es también crisis de confianza presenta aristas preocupantes, dado que la sociedad ha empezado a manifestar su malestar con la política ésta ha dejado de ser reconocida como el ámbito de representación colectiva, y en la medida que ésta se identifique con una gestión coyuntural o de crisis, cambia la participación política. El individuo se siente aislado y abandonado a su suerte, hay un gran escepticismo generalizado, y la relación gobernante –gobernado deviene tensa. Javier Franzé afirma : “Se crea una relación de exterioridad entre ciudadanía y lo público, entre sociedad civil y política”³.

Los partidos políticos aparecen como incapaces de generar un proyecto social conjunto y, no parecen presentar a esta altura del “desconcierto” ninguna alternativa superadora. Estos, que fueron los reguladores de las demandas de la sociedad civil, a los cuales se les atribuyó una gran capacidad racionalizadora de la heterogeneidad social, están profundamente cuestionados. El sistema político se aleja cada vez más del Estado y se apoya con más fuerza en la opinión pública; los medios son el lugar donde se expresan con mayor libertad todo tipo de demandas.

¿Qué alternativas tendrán que habilitarse para afrontar los desafíos derivados de los problemas históricos de nuestras sociedades, cuando la función misma de la política como generadora de soluciones a los problemas sociales ha sido puesta en cuestión?

La democracia entonces, no sólo puede medirse por la organización de elecciones libres, sino por la capacidad del sistema político de elaborar y legitimar las demandas sociales, lo que supone combinar la diversidad de los intereses materiales y morales con la unidad de la sociedad.

Alain Touraine afirma: “Si queremos evitar la decadencia que conduce al caos y la dependencia sin recurrir a soluciones autoritarias, no tenemos otra vía que la reconstrucción de la vida social, la acción política y la educación en torno a la idea de Sujeto que crea un nuevo tipo de mediaciones entre el mundo de la instrumentalidad y el de las identidades”⁴.

Las inquietudes que desvelaron a

Alexis de Tocqueville en la primera mitad del siglo XIX, con respecto a la moderna democracia de masas y que se concentró en un profundo análisis sobre la estabilidad de la misma, basándose en las posibilidades de cohesión frente a lo que consideró como la pérdida del “lazo social”, son las que siguen preocupando a los teóricos actuales, muchos de los cuales se preguntan acerca de las condiciones sociales y morales que hacen a la libertad de los individuos, afirmando que cuando las tradiciones, los recursos socio-morales y las costumbres sociales se ven cuestionadas en su vigencia, ello se convierte en un problema específico siendo un desafío a la cohesión democrática.

No sería conveniente caer en conclusiones apresuradas; todos los interrogantes aquí planteados nos obligan a reformular ciertas categorías, que hoy se presentan difusas, revisar aquellos conceptos que son constitutivos de la sociedad democrática, y pensar en un presente que requiere de un Sujeto capaz de modificar un destino que se presenta poco promisorio. La democracia exige actores sociales comprometidos, necesita de una sociedad civil fortalecida.

Hans Vorländer afirma: ...” Se plantea para el liberalismo el desafío de recuperar para sus consideraciones teóricas y políticas, aquellas ideas sobre una sociedad cívica dinámica y activa, que fueron constitutivas para

las tradiciones políticas clásicas, republicanas y comunitarias, pero también para las liberales en su primera fase. Sólo allí donde el liberalismo, con su énfasis puesto en los derechos y en los intereses, se encuentre con aquel pensamiento republicano clásico, donde la libertad encuentra su razón y su vocación en la participación en la vida pública, sólo allí la democracia liberal, y con ella la constitución libre, tendrán una oportunidad de sobrevivir en el siglo XXI. No obstante, no es ninguna garantía. Pero es una invitación a aceptar los esfuerzos que demanda el compromiso cívico, y a conferirle a la democracia liberal a través de la praxis cívica el sentido y la cohesión que necesita”⁵.

Notas

1. MAC PHERSON, C.: “La democracia liberal y su época”, Madrid, 1981.
2. LECHNER, N.: “Los nuevos perfiles de la política. Un bosquejo”, en Rev. Nueva Sociedad, Nº 132, 1994.
3. FRANZE, J.: “La sociedad civil frente a la crisis de la política” en Rev. Nueva Sociedad, Nº 134, 1994.
4. TOURAINE, Alain: “¿Podremos vivir juntos?”, F.C.E., Bs. As., 1997.
5. VORLÄNDER, Hans: “¿Qué mantiene unida a la democracia liberal?”, en Boletín SAAP, Democracia, dictadura e instituciones, Año 4, Nº 7, 1998.